



EL CATOLICO

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Qui autem perseveraverit usque in finem hic salvus erit.
Math. (XXIV, 13.)

Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo
(Math. XXIV, 13.)

VERDADERA CUESTION SANITARIA

(Continuacion)

II

El primer concepto racionalista que se ofrece tocante á epidemias, es el de considerarlas como meros sucesos fortuitos ó por lo ménos producidos por simples causas naturales, con entera abstraccion de la voluntad de Dios y de los fines por que las envia al mundo su adorable Providencia. Y de consiguiente el primer concepto cristiano que de tales calamidades hemos de formarnos, es el de que la mano que con ellas nos aflige es la mano de Dios, y que el fin que en eso tiene Dios, porque ninguna de las obras de Dios deja de tenerlo, es un fin digno de su divina Majestad y en nada opuesto á los verdaderos intereses de la humana criatura.

Catolicismo y racionalismo se encuentran en esto frente á frente, y muy lógicos ambos en su respectivo sistema. El primero, lógico en su sistema de ver á Dios en todas las cosas: el segundo, lógi-

co en el suyo de no ver la accion de Dios en parte alguna. Cuál de los dos sea el verdadero y racional no hay por que extenderse en demostrarlo: basta apuntar que Dios, ó existe interviniendo en todo ó se ha de suponer que existe no interviniendo en nada, en cual caso fuera un Dios inerte, un Dios sin actividad, no el Dios vida, el Dios *vivo* como le llaman con frase la más enérgica y la más filosófica nuestros Libros sagrados.

Empecemos, pues, por dejar asentada esta primera verdad, que es la fundamental. Viene el cólera, pero viene positivamente enviado por Dios, no con voluntad meramente permisiva, como sucede con ciertas otras calamidades que proceden de los hombres; sino con voluntad directa, positiva, eficaz, como la que produce todos los demás fenómenos de la naturaleza. Aquí, como en todo, los agentes secundarios son lo de ménos: el agente primero es lo principal. Hierre la espada y machaca el martillo y abre la cuña, pero no son ellos propiamente á quienes se atribuye la accion, sino al brazo ó á la mano que aplican ó dan su fuerza

á tales instrumentos. Así para el cristiano, bueno será y muy loable querer averiguar de qué procede el cólera, si de parásito ingerto en el organismo, como se dice hoy, ó de emanación pútrida como se creía antes; si de fiebre intestinal como creen unos, ó de infección de la sangre, como pretenden otros. Bueno es y loable que se discurra sobre esto y se inventen teorías, y se formulen procedimientos, y se practiquen ensayos, á condición de que no se olvide, antes se empiece francamente por reconocer que todos esos agentes de segundo orden son causas puramente instrumentales, dependientes de la única causa esencialmente eficaz, que es Dios.

Parecerán á algunos puramente teóricas ó especulativas tales consideraciones: no se tardará, empero, en comprender que tienen un aspecto muy práctico, el único que dá carácter trascendental á la *verdadera cuestión sanitaria* que estamos desarrollando aquí.

Admitido que es Dios quien envía la epidemia, síguese de ahí que la epidemia es cosa muy digna de respeto, como todo lo que procede de Dios. Combatírsela puede por cuantos medios sugiera la humana prudencia ayudada por los descubrimientos científicos, pero en caso de que sean estos infructuosos, siendo esto señal clara de que Dios quiere á todo trance que pasemos por ella, lo que procede es aceptarla como deben ser aceptadas todas las cosas que proceden de tan alto origen.

En dos palabras resumiremos las condiciones que debe tener esa aceptación nuestra de las grandes calamidades que como la presente, nos envía Dios nuestro Señor. Estas dos palabras son humildad

y dignidad. Vamos sencillamente á exponerlas.

La humildad en aceptar el azote de Dios excluye los alardes presuntuosos, las insultantes provocaciones, las quejas desesperadas, las dudas sobre la bondad de la Providencia, la exagerada confianza en los recursos científicos, que nunca deben apreciarse en más de lo que son, es decir, medios humanos, falibles, y en consecuencia frecuentemente ineficaces.

La dignidad es la virtud opuesta al vano terror, al pueril encogimiento, á la absoluta desconfianza de los auxilios humanos, que algo son, aunque no sean todo lo que á veces presumen de sí. Aceptar con dignidad una de esas calamidades es mantenerse firme en medio de sus desolaciones con el corazón sumiso, pero con la frente erguida; con varonil resolución para afrontar el riesgo donde quiera que se presente, para no retraerse de las obras de caridad aunque se aventure en ello la vida, para no huir cobardemente ante el peligro, como huyen tantos desventurados, no consiguiendo con esto más que agravar su propia situación, y esparcir el otro contagio del pánico, peor cien veces que el contagio mismo de la epidemia.

Humildad y dignidad fundidas en una sola pieza dan por resultado el gran carácter del buen cristiano de los tiempos calamitosos, que se crece y se agiganta frente á frente del misterioso enemigo hasta alcanzar la talla del heroísmo. Humildad y dignidad son el secreto de estas pobres Hermanas, de esos oscuros Párrocos, que ven venir el peligro sin quijotescas alharacas, y sucumben ó se libran de él sin parecer que han hecho

otra cosa que cumplir sencillamente un cotidiano deber. Pero esa humildad y esa dignidad no se alcanzan sino mirando á lo alto, muy á lo alto, para buscar allí el origen y la explicacion de las grandes calamidades sociales. Se es humilde sin bajeza reconociendo que se depende en todo de Dios; al mismo tiempo que se es digno sin orgullo recordando que no se depende sino de Dios.

¡Oh que fuente de sublimes alientos es esta última reflexion que nosotros quisiéramos aplicasen nuestros lectores, no solamente á la presente calamidad, sino al curso todo de los humanos acontecimientos!

¡En todo sé de cierto que dependo de Dios! ¡Pero en cambio sé de cierto tambien que de nadie dependo más que de Dios!

F. S. y S.

(Continuará)

SECCION PIADOSA

DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES

El Evangelio de esta Dominica es de San Mateo, capítulo vi:

«En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nadie puede servir á dos señores; pues ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó si respeta á aquél despreciará á éste. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esta razon os digo: no os inquieteis, ni con respecto á vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni en orden á vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir, ¿No es acaso más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran, no siegan, ni recogen en gra-

neros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valeis vosotros mucho más que ellos? ¿Y quién de vosotros, á fuerza de pensar en ello, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido ¿porqué os inquietais? Mirad los lirios del campo como crecen: ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomon, aún en medio de toda su gloria, no se presentó tan ostentosamente adornado como uno de estos lirios. Ahora bien: si Dios viste de este modo una yerba campestre que hoy es y mañana se arroja al fuego, cuanto mejor lo hará con vosotros, gente de poca fé? No os inquieteis, pues, diciendo: ¿qué haremos para comer y para beber y de qué nos vestiremos? Porque los gentiles son los que se inquietan por esas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.»

Al enseñarnos el Señor que no debemos andar solícitos y afanosos en orden á la satisfaccion de nuestras necesidades materiales, de ningun modo reprueba el que pongamos un cuidado prudente y racional en atender á ellas, valiéndonos de los medios ordinarios establecidos á este fin por la misma Providencia divina.

Cuando allá en el principio de los tiempos se rebeló el hombre contra su Dios, negándose á rendir su voluntad á la voluntad soberana del Creador, las criaturas inferiores rebeláronse á su vez contra el hombre, negándose á reconocer el natural dominio que de derecho le corresponde sobre todas ellas. Al orden más admirable y perfecto

sucedió de pronto el más espantoso desorden, y al fulminar el Omnipotente su terrible anatema contra los culpables, el infeliz progenitor del linaje humano hubo de escuchar estas severas palabras: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro*. Desde entonces, el trabajo es un medio indispensable para el sustento y conservación de nuestro cuerpo, una ley universal que á todos obliga y de la que nadie por su propia autoridad puede eximirse.

El Dios-Hombre, que al vestir el tosco sayal de nuestra frágil naturaleza quiso cargar con todas las miserias inherentes á ellas, escepto el pecado, á fin de hacérselas, no sólo menos amargas y pesadas, sino verdaderamente dulces y sumamente ligeras, suavizó por decirlo así, la ley del trabajo sujetándose á ella, y lo ennobleció y dignificó, elevándolo sobre el nivel de los bajos intereses terrenales. En efecto: el trabajo, el trabajo para los descendientes del viejo Adán, es una expiación y un castigo; más para los seguidores de Cristo, para los discípulos de la Cruz, para los descendientes del nuevo Adán, el trabajo es una virtud.

Por aquí se entenderá fácilmente lo que pretende enseñarnos el Salvador en el Evangelio de este día. El divino Maestro, que por darnos ejemplo quiso pasar casi toda su vida en el taller de un pobre artesano, y consagró los últimos años de ella al fatigoso ejercicio de la predicación y enseñanza, no quiere, no, por discípulos á los que viven entregados á la ociosidad y á la molicie; no quiere, no, que nos crucemos de brazos, y que tentando á Dios, esperemos vanamente que nos proporcione el necesario sustento, sin poner de nuestra parte los me-

dios oportunos para alcanzarlo. No; Jesucristo no reprueba el trabajo; lo que reprueba y condena es la excesiva solicitud, el inmoderado afán de acumular riquezas y bienes temporales y el consiguiente descuido en atesorar riquezas imperecederas y eternos bienes; lo que reprueba y condena es la temeraria presunción de uno mismo y las desconfianzas de la Providencia divina que con amoroso y paternal cuidado vela constantemente hasta sobre la más ruin de las criaturas.

El hombre tiene el deber de la conservación propia y de la de aquellos cuya subsistencia ha confiado Dios á su cuidado: para cumplirlo es preciso trabajar con una prudente prevision; la cual en manera alguna se opone á la ilimitada confianza que debemos tener en la Providencia del Padre celestial. Pero el hombre no es ciertamente una máquina ni un bruto: tiene un alma inmortal, cuyo alimento es la suma Verdad, la Bondad infinita y la infinita Belleza; tiene intereses incomparablemente más preciosos que los de la tierra, porque está destinado nada ménos que á la vision eterna y al eterno goce del mismo Dios. Por alimentar y vestir el cuerpo no debe, pues, afanarse tanto que descuide completamente el sustento de su pobre alma; por atesorar abundancia de bienes acá en la tierra, no debe olvidarse de los bienes celestiales y eternos. Al contrario: lo racional es que proponga y subordine la materia al espíritu, lo terreno á lo celestial, lo temporal á lo eterno. Y ésto es precisamente lo que nos enseña nuestro amantísimo Salvador al decirnos: *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas*

estas cosas (las temporales) se os darán por añadidura.

EL EPISCOPADO DOMÉSTICO

Admirado de la fortuna singular de una señora en tener constantemente muy buenas criadas, un día en que yo la interrogaba acerca de ello, me dijo:

—Hace tiempo que, echando mis cuentas de fin de mes, noté la falta de 1.000 reales. Guardaba siempre el dinero del gasto de casa en mi escritorio, cuya llave, por costumbre, llevaba en el bolsillo. No tenía especie de haberla dejado nunca olvidada, ni de haberla confiado más que alguna que otra vez, y por breves momentos, á mi doncella, muchacha honrada, sencilla provinciana, de quien nadie podía recelar.

Pasaba y repasaba mis cuentas, buscaba y rebuscaba, iba y venia; pero todo en vano: el déficit era siempre el mismo, y mis cincuenta duros justos y cabales no parecían. Más que por nada, lo sentía porque mi imaginación me inducía á sospechar de los criados, y dejándome llevar de ella, no pensaba en mí misma.

La doncella no pudo menos de notar mi inquietud y decirme:

—¿Echa usted algo de menos, señorita?

—Sí, mujer—la contesté—siendo por el cabello la ocasión de desahogarme.—Me faltan 1.000 reales, y no puedo atinar donde los he puesto.

—¡Mil reales!—exclamó tranquila la muchacha.—¡Ya parecerán! Eso no lo roba nadie. ¿Y dónde debían estar?

—En el escritorio del gabinete.

—Pues ahí no anda nadie más que la señorita... y yo!—repuso de pronto con voz alterada que anunciaba próximos so-

llozos.—Mire usted bien si entre los papeles...

—Es fácil—contesté,— porque tenía algunos billetes del Banco.

Y me puse á mirar delante de ella todas mis cartas, todas mis notas y cuadernos, pliego por pliego, hoja por hoja, sin encontrar ni en todo ni en parte la cantidad indudablemente perdida.

La doncella se echó á llorar acongojada en tales términos, que tuve que olvidar mis cuitas por acudir á consolarla.

—¡Ay, señorita!—decía.—No siento más que tener que salir de esta casa con esa nota.

—Pero ¿quién te acusa á tí? ¿Quién piensa en despedirte? Vamos, Luciana, sosiégate. Más recelo de alguna distracción mía que de tí.

—¿Qué dirán mis padres? Todo menos ladrona. ¡Yo tocar un céntimo siquiera! No digo de la sisa... porque eso hasta en muchachas honradas es costumbre... eso lo hacen todas... eso, dicen que no es pecado... Pero yo ¡ni la sisa! Basta la confianza que la señorita tiene en mí... y los regalos que me hace...

No la contesté, porque entónces me acordé de repente que había metido un billete de doscientas cincuenta pesetas bajo un sobre. Pero ¿dónde estaba ese sobre?

Arreglando mis cartas el día anterior, lo había hecho pedazos y tirado á la chimenea como inútil.

Afortunadamente para mi tranquilidad y la de Luciana, no se había encendido la chimenea, y entre los papeles dispuestos para dar fuego á las astillas encontré el billete dentro del sobre roto.

De este suceso no me quedó más impresión al cabo de algun rato que el re-

mordimiento de mis distracciones y poca memoria, y la falsa idea de Luciana acerca de la sisa.

Estaba en la persuasión de que ella ni siquiera sisaba; pero del equivocado concepto que mi doncella tenía acerca de la licitud ó poca importancia de este hurto, al acto de cometerlo, no mediaba más que un paso, y bien corto por añadidura.

Reflexionando acerca de la buena índole de la muchacha, me convencí de que en su ingenuidad me había descubierto la poca solidez de su instrucción religiosa; en una palabra, que no sabía bien la doctrina cristiana.

Robar era para ella no sólo pecado, sino deshonra; pero hurtar en cada cosa un poco, y mentir para ocultar el hurto, lo creía cosa baladí ó, por lo ménos, tolerada por la costumbre. No lo hacía ella, tal vez por cariño hácia mí, tal vez por gratitud ó, lo que más bien me figuro, por alguna secreta voz de su conciencia; pero oía en la cocina hablar de la sisa como de un ahorro, sobresueldo ó gaje del oficio y no se alarmaba, y lo tenía por cosa corriente.

Callé por entónces; hícela un regalito para indemnizarla del mal rato que mi falta de memoria le había ocasionado, y al día siguiente, de acuerdo con mi director espiritual, la recordé sus falsas ideas acerca de la sisa y leí en alta voz delante de ellas algunas páginas de *El Catecismo de la doctrina cristiana, explicado por D. Santiago Mazo*. Me limité al séptimo mandamiento del Decálogo, y advertí que muchas cosas la cogían de nuevo, y tuve necesidad de ampliarlas y ponérselas en claro, según Dios me dió á entender.

Esta lectura la interesó mucho, y yo misma cobré afición al libro que ántes había hojeado, pero sin la suficiente reflexión, ni con debido detenimiento.

Seguí leyendo para mí, y fuí á buscar la explicación del cuarto mandamiento. Es extensa y luminosa; á mí por lo ménos me inundó de claridad la conciencia, haciéndome ver que mientras trataba yo de disipar la ignorancia del prójimo, me adormecía en la mía.

Yo, es verdad, no daba mal ejemplo á mis criados. En compañía de ellos rezaba el rosario todos los días, procuraba que oyesen misa los festivos, y que no trabajasen en ellos más que para darnos de comer, servir á la mesa y hacer el más indispensable arreglo de las habitaciones; pero ¡cuán léjos estaba de mirarme, según la bella idea de San Agustín, indicada por Mazo, como un Obispo en orden al bien espiritual de mis domésticos, y de trabajar con la solicitud de un pastor celoso en conducirlos á Dios!

Comprendí que yo misma necesitaba aprender bien la doctrina para enseñarla á los demás, y me propuse llevar de frente entrambas obras, estudiando primero el punto ó capítulo que trataba luego de explicar. Esta tarea era desgraciadamente más fácil y sencilla de lo que me había figurado. La ignorancia de mis discípulas era mayor de lo que me imaginaba, y me daba tiempo sobrado para aprender yo previamente cuanto había menester.

Cierto que la ignorancia del Catecismo es general y se extiende aún entre personas que pasan por cultas, instruidas y hasta piadosas. ¡Cuántas señoras hay que procuran oír misa todos los días, y hacer la visita de las Cuarenta Horas, y que no

saben á qué las obliga el ayuno, ni qué bula les corresponde tomar segun su clase y sus rentas, sin hablar de otras obligaciones todavía mas graves y trascendentales! ¡Qué errores hay más generalizados aún que el de la sisa, acerca del robo del tiempo en los empleados, de la ocultacion de la riqueza en el contribuyente, del contrabando y de la mentira en el comerciante, y del trabajo servil ó corporal en los dia de fiesta!

Habiendo entrado en este órden de ideas, insensiblemente y sin tratar de escudriñar vidas ajenas, me fui enterando de que son muy contadas las gentes que conocen bien lo que han de creer, orar, obrar y recibir para observar la ley cristiana.

He visto en muchísimos casos menospreciada esta ley, porque no se la conoce, calumniada y blasfemada por la ignorancia. ¡Cuántas personas toman ya el miércoles de Ceniza por cuarto dia de Carnaval, y se emborrachan *santamente* para celebrar el santo en la romería, y no creen pecado hartarse de buñuelos, escabeche y aguardiente delante de la Cara de Dios la mañana del Viernes Santo! ¡Cuántos que no tienen idea de los artículos de la fe ó que transigen con los mandamientos del Decálogo, pero que protestan de los de la Iglesia, creyendo á piés juntillas en cosas supersticiosas! ¡Cuántos que suponen dogmático lo que es opinable, ó quizás falso y erróneo! No hay más que ver como se explican los periodistas que hacen gala de librepensadores en materias de religion, y no han visto el Catecismo ni por el forro.

Yo creo que la mayor necesidad social es hoy la de difundir el conocimiento de la doctrina católica; pues una vez cono-

cida, ella de por sí se deja querer, y de amarla y practicarla apénas media un paso.

Por eso yo, dejando á los que recibieron de Dios la mision de enseñar el evangelio á todas las gentes, me limité á las de mi casa, y emprendí mi apostolado doméstico con muy buenos resultados.

Con la bendicion divina será siempre fecundo. Desde luégo lo es para quien lo practica, como todo cumplimiento de una obligacion y una grande obra de misericordia, y puede tambien fructificar con exuberancia incalculable. De la muchacha bien instruida en cosas de religion, sale una buena madre de familia que instruye y educa cristianamente á sus hijos, y un hijo bien educado es por ventura el salvador de un pueblo.

Buenas son las prácticas religiosas, porque la fe sin obras es muerta; pero sin olvidar, omitir, ni ménos desdeñar los rezos, creo yo que los amos de casa debemos dar la preferencia á la enseñanza del Catecismo. Es más: las oraciones sin conocimiento de lo que son, tal vez no pasan de maquinal movimiento de los labios, ó se convierten en prácticas rutinarias; pero la enseñanza de la doctrina cristiana, la del Catecismo primeramente aprendido de memoria y luego sencillamente explicado al alcance de los más rudas inteligencias, es la suprema caridad que siempre da copiosos frutos, es la base de la religion y de las buenas costumbres.

Por mi casa lo ví. Luciana, de suyo honrada y buena, mejoró extraordinariamente en el servicio, el genio y las costumbres, en términos de que por equidad tuve que aumentarla el salario. Jamas he tenido criada más de mi gusto,

pues ella no se contentaba con hacer las cosas para que pudiesen pasar, sino que procuraba hacerlas con la posible perfeccion y adivinar mi pensamiento. Al cabo de algunos años se casó, y me creí en el deber de dotarla modestamente. Hoy es una buena madre de familia que ayuda á su marido, honradísimo artesano, con la plancha y la costura, pues salió de casa, no sólo habilísima planchadora, sino cuasi modista.

La cocinera y la segunda doncella se despidieron á los pocos dias de haberlas dado á conocer las verdades que la ley de Dios encierra; mas con ayuda de Luciana, las reemplacé con otras dóciles á mis lecciones, cuya eficacia la he palpado constantemente en la cuenta diaria y en la paz y el órden de mi hogar.

Crea usted, amigo mio, que el secreto del buen servicio está en el apostolado doméstico; que la religion no sólo nos asegura la felicidad eterna, sino tambien, en cuanto es posible, la dicha de la vida presente.

Muy difícil es hoy tener buenos criados, por la sencilla razon de que aún son más raros los buenos amos; pero me parece haber leído, con referencia á un Santo Padre, que *la solucion de todas las dificultades es Cristo*.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

(De *La Semana Católica*.)

CRÓNICA GENERAL

El jueves 20 del actual se embarcó en Santander la expedicion de los esclarecidos hijos de San Ignacio que, enviados por la obediencia, marchan presurosos á las Américas á prodigar entre aquellos

naturales los frutos de su caridad y de su celo por la salvacion de las almas.

Esta expedicion la forman el Reverendo P. Garzon, Superior que ha sido de la casa de Talavera de la Reina, y ahora va de Rector al Colegio de Puerto-Rico; el P. Ruiz, á quien recordarán sus alumnos de Chamartin de la Rosa, con destino tambien á aquel Colegio; el P. Preciado, tan querido y estimado en Córdoba, donde difundia ya tres años su espíritu de celo en todas las buenas obras, destinado á la residencia de Puerto-Rico; y el P. Muñoz Equatoriano con los Hermanos Muñoz y Valdenebro, que van al Colegio de Quito.

De la excelente *Revista Popular* es el siguiente suelto:

«Mala, malísima noticia para nuestros enemigos.

Está tirada y va á darse al público la cuarta edicion ¡la cuarta! de nuestro humilde opúsculo *El Liberalismo es pecado*, que tanto escuece á los amigos y compinches de la secta liberal. Esta cuarta edicion va en catalan, y por este motivo trae ¡nótese bien! *nueva censura y nueva aprobacion* de nuestra dignísima Autoridad diocesana. Repárese bien: de nuestra Autoridad diocesana. Se han puesto además al frente las demás aprobaciones y recomendaciones de varios Prelados españoles.

Con ésta son seis en rigor las ediciones que en un año ¡en un año! se han hecho de nuestro aborrecido librejo. Una en *La Hormiga de oro* en forma de artículos; otra en *El Siglo futuro* de Madrid en igual forma; tres en la *Tipografía católica*, y últimamente la sexta en catalan.

Además ha pedido autorización para publicar dicho opúsculo en italiano, en *Il divin Salvatore* el comendador Menaccaci que dirige en Roma esta apreciable Revista, una de las más conocidas en la Ciudad eterna.

Por fin ¡y tengan paciencia nuestros pobres enemigos! se han hecho ediciones separadas de este libro en América, una de ellas, que tenemos á la vista, en Quito, República del Ecuador.

El cólera continúa haciendo víctimas en nuestra España: en Granada la mortalidad es enorme; en Zaragoza decrece algo, aumenta en Madrid y Barcelona. De la primera ciudad desaparecen familias enteras en pocas horas; el pánico es horrible; en Huesca también se ha presentado la epidemia en muchos pueblos. En Jaca se ha prohibido el toque de las campanas: en casi todas las poblaciones de Cataluña se han suspendido ó aplazado las ferias y fiestas que se celebran en la presente estación.

En todas partes ha sido edificantísima la conducta del clero secular, religiosos y religiosas, que unos en el cumplimiento de su deber y otros voluntariamente, ejercen heroicamente el apostolado de la caridad. Los periódicos más enemigos de la religión católica no pueden menos de confesarlo, á pesar del silencio estudiado que acostumbran á observar en perjuicio de la imparcialidad.

En Bulgaria se han hecho católicas tres familias, compuestas de 15 individuos; y en Manchester han hecho lo mismo dos jóvenes que se han visto precisados á dejar las casas de sus padres.

El malogrado nuevo Arzobispo de Sevilla ha legado al Arzobispo de Granada la magnífica posesión en que ha muerto, en Subia, y que era de su propiedad particular.

Dice el *Defensor*, de Granada:

«El Sr. Arzobispo continúa dando altos ejemplos de su ferviente caridad. Todas las semanas distribuye 1.120 raciones entre los necesitados, y deseando ampliarlas, y no disponiendo de recursos, hemos sabido que ayer practicó algunas gestiones con el propósito de vender sus caballos para realizar tan noble objeto.

«Esta conducta, que muestra en el señor Arzobispo, no solamente al Prelado amante de sus hijos y fiel imitador de las virtudes de Jesús, sino también al hombre de gran corazón que sabe sentir las desgracias de la humanidad, le han conquistado en breves días el amor y el respeto de todos los granadinos, que le miran y le quieren como á un buen padre.

«Anteanoche, acompañado de su digno secretario, estuvo S. E. en las Angustias dirigiendo de nuevo su elocuente palabra á la concurrencia, cuyo espíritu fortificó, esperanzándolo con la perspectiva de tiempos bonancibles, no muy lejanos.»

El domingo se celebró en Barcelona la fiesta de San Roque, verificando una solemne procesión para implorar de Dios, por intercesión de tan glorioso santo, que los libre de la peste que tantos estragos causa en toda España. Asistieron las escuelas católicas, Asociación Reparadora, Fomento Católico (con su es-

tandarte y música), Cofradías y Gremios, Sociedades de Crédito, Sindicato de Corredores Reales, Comision de los Bancos de esta plaza, Comision de los cuerpos del ejército, Colegio de Abogados, Colegio de Notarios, Autoridades con el pendon principal y música, patronato del obrero y Conferencias de San Vicente, devotos del Santo, Comisiones de la prensa; Seminaristas, imagen del Santo, Capilla de la Catedral, portantes del palio, Comunidad de Presbíteros, *Lignun Crucis*, Junta de Obra, música y piquete.

Las divisiones de los católicos en Italia y especialmente en la Alta, debilitan cada dia los esfuerzos contra el Liberalismo y la Masonería, lo cual hace por momentos más necesaria la esperada Encíclica de Su Santidad, que ha de contribuir sin duda alguna á la union de todos los católicos uniformando miras y señalando una misma línea de conducta. Esta union será tanto más fácil una vez que la *conciliacion* entre el Vaticano y las sectas modernas se comprende y mira como imposible, absurdo y monstruoso por amigos y adversarios de consuno.

La Encíclica anunciada ya se hubiera publicado, á no surgir incidentes de todos conocidos, y que obligan en prudencia á esperar momento oportuno y propicio para sus laudables enseñanzas.

Dícese que en la Encíclica, despues de indicarse la verdadera naturaleza del Liberalismo, sus errores perniciosos y graves daños producidos, se pasa á un largo y concienzudo exámen para condenar lo que de sí ha puesto el Liberalismo en la llamada *civilizacion moderna*, señalando luego lo que *el sistema* ha tomado de

otras doctrinas, y graduándolas en reprobables, malas, tolerables y permitidas.

¡Ojalá sea fructífera en el mundo la voz infalible del Pontífice!

Leemos en *El Progreso*:

«Hemos oido decir que nuestro nuevo Prelado, deseoso de conservar todo mérito artístico, y doblemente interesado por ser una joya existente en un convento de su Orden, piensa gestionar con toda eficacia para que sea un hecho la restauracion de la Concepcion de las Agustinas, debida al pincel del inmortal valenciano José Ribera. Celebraremos se confirme la noticia.»

Dice *El Semanario de Tortosa*:

«Habiendo nuestro celosísimo Prelado tenido noticia de que en Cervera del Maestrazgo habian caido enfermos del contagio reinante el Cura y coadjutor, acompañándose de dos sacerdotes, voló en alas de la caridad á dicho punto. Al llegar á él, recibió la triste noticia de que acababa de fallecer el dignísimo Cura, Rdo. Sr. Albamonte. En medio de tanta amargura, es imposible pintar el grandísimo consuelo que á aquellos afligidos habitantes les ha causado la visita de su amantísimo y heroico Pastor.

¡Qué el Señor le proteja!

Es completamente falso el rumor á que han dado cabida en sus columnas, tanto *La Correspondencia* como *El Imparcial*, de que trataban de abandonar los Padres de la Compañía de Jesus la castigada ciudad de Murcia, habiendo suspendido al efecto las obras que se están verificando en el colegio de San Jerónimo.

Los Hijos de San Ignacio, residentes en San Jerónimo, no han pensado en abandonar dicha residencia, ni ahora, en que gracias á Dios va cesando la calamidad, ni cuando ésta asolaba la huerta, en cuyo centro tienen los Padres de la Compañía su casa, y de día y noche estaban sin descanso dedicados, con la caridad que saben hacerlo, á remediar las necesidades espirituales y corporales de los miles de hortelanos invadidos por la epidemia, los cuales no tienen palabras bastantes para alabar y bendecir el celo y caridad de los Padres.

Bien saben *La Correspondencia y El Imparcial* que los Padres Jesuitas, los Religiosos de las distintas Ordenes que tiene la Iglesia, y el Clero secular no huyen ante el peligro de la calamidad reinante con que la justicia de Dios castiga los pecados de los pueblos; el *huir* se queda para las *asociaciones benéficas* condenadas por la Iglesia, y á las que, no obstante, dichos periódicos prodigan sus elogios.

La situación de Granada y de los pueblos de la provincia invadidos, es sumamente terrible y desgarradora. El cólera se ceba más que en ningun otro punto, y á esto se añade la miseria, debida á ser el país pobre y haber huido la mayor parte de las personas que podían aminorarla con sus recursos.

No hay autoridades, no hay hospitales y el servicio médico es deficiente como defectuoso el de inhumación de cadáveres. Las aguas de que usa el vecindario para todas sus necesidades están infestadas, y así se ve con espanto que en la casa donde hay una invasión perecen todos sus individuos. Para atajar tamaño mal se

necesita dinero, médicos y autoridades. Sólo hay Párrocos y un Prelado que hacen frente con su celo y caridad á esta verdadera catástrofe.

CRÓNICA LOCAL

Solemnísima ha sido por todos conceptos la fiesta que la parroquia de San Luis, en el pueblo de este nombre, ha dedicado en el presente año á su glorioso Titular. Bendecida la nueva imágen de aquel Santo por el Excmo. é Ilmo. Prelado diocesano, se dió principio á la solemne Misa mayor, en la que S. E. Ilmo. ofició de medio Pontifical. Cantóse á cuarteto la tan celebrada del Mtro. Mercadante, predicando el Reverendo Sr. D. Antonio Orfila, Cura-Ecónomo de Nuestra Señora del Cármen, y dirigiendo por último el Prelado diocesano su autorizada palabra al numeroso concurso.

Este fué tal, que materialmente no cupo en el vasto recinto de aquella iglesia, viéndose no pocos obligados á asistir al Santo Sacrificio desde las afueras del templo.

Por la tarde, despues de solemnes Vísperas, la procesion en la que el Prelado diocesano llevaba el *Lignum Crucis*, recorrió las principales calles del pueblo; asistiendo un buen número de fieles y la banda de música que dirige D. Estéban Bagur.

Una vez en la iglesia la numerosa comitiva, el Excmo. señor Obispo administró el Sacramento de la Confirmación á 79 niños de ambos sexos, y explicó despues los efectos admirables de este Sacramento en los que lo reciben.

El recuerdo de tan solemne fiesta no

se borrará fácilmente de la memoria de aquellos vecinos; y á buen seguro que en lo sucesivo procurarán celebrarla con la debida devocion y puntual asistencia á los divinos oficios, honrando así al glorioso Santo que es su Patron y Titular.

Las obras del nuevo camarín de Nuestra Señora del Monte Tora continúan hasta el presente sin interrupcion; no así la suscripcion que empezamos á publicar hará cosa de un mes, y que no hemos continuado por falta de donativos.

¿Significará esta remision que el amor á tan venerada imágen se va entibiando entre estos isleños? Desde luego creemos que no; porque nos consta que á las frecuentes y numerosas visitas, en términos que el antiguo camarín no las podia contener, se debe principalmente la construccion del nuevo.

Creemos, pues, que esa remision que lamentamos, y que si continuase podria ocasionar la interrupcion de las mencionadas obras; más que á falta de amor á Nuestra Señora del Monte Toro, es debida á excesiva confianza en los medios de llevar á feliz término el nuevo camarín de aquel Santuario.

Encarecemos, pues, y recomendamos una vez más á la caridad y generoso desprendimiento de los devotos de Nuestra Señora la importancia de la mejora que con el nuevo camarín se trata de introducir en aquel Santuario.

El jueves último salió directamente para Argel en el vapor Nuevo Mahones nuestro respetable cuanto querido amigo el M. I. Sr. D. Juan Palliser, secretario de Monseñor el Obispo de Oran.

Deseámosle feliz viaje.

Hemos recibido el 2.º cuaderno de la publicacion mensual, romana, *La Gerarchia cattolica illustrata*.

El texto está en italiano, francés, inglés y castellano, y contiene las fotografías de los Cardenales, Obispos, dignatarios eclesiásticos y personajes eminentes del catolicismo.

A tan interesante obra se admiten suscripciones en nuestra Administracion, Arrabal 2.

Tambien hemos recibido el sexto tomo de la excelente Biblia que mensualmente reparte *La Verdadera ciencia española*, biblioteca popular establecida en Barcelona, calle de los Ángeles, 14.

Este tomo contiene los cientos cincuenta salmos de David traducidos por el Ilmo. Dr. D. Félix Amat, con notas de éste y del Ilmo. P. Scio de San Miguel, y al final unos Comentarios ó Apéndices á las anotaciones de dicho salmo.

Recomendamos una vez más tan importante obra.

FUNCIONES RELIGIOSAS

Mañana domingo en las Parroquias de esta ciudad la Misa mayor será con Homilía, predicada por los respectivos Párrocos. Por la tarde Vísperas, Completas y Santo Rosario.

En SANTA MARÍA durante las Vísperas estará expuesto el Señor Sacramentado, y despues de la Reserva se practicará el ejercicio de la novena dedicada á San Roque.

CORTE DE MARÍA

Mañana se hace la visita á Nuestra Señora de Lourdes en el Cármen; lunes, á la Sagrada Familia en el Cármen; martes, á Nuestra Señora del Amor Hermoso en Santa María; miércoles, á Nuestra Señora de la Purísima en San Francisco; jueves, á Nuestra Señora del Cármen en el Cármen; viernes, á Nuestra Señora de la Asuncion en San Francisco, y sábado, á Nuestra Señora de la Esperanza en Santa María.

Fábregues y Orfila, impresores.—Angel, 10, Mahon.